

**EL INDIGENA Y EL
AMOR CRISTIANO**

Dr. Alfonso García Isaza

No había despuntado la sonrisa de la aurora como hermosa promesa de luz, cuando la voz de ¡Tierra, Tierra! en la garganta llensa de asombro y exaltación de Rodrigo de Triana derrotaba las tinieblas que envolvían la tierra y cegaban los espíritus. Tierra en la que la ilusión acariciaba con tanto amor y fidelidad por Colón al fin se encarnaba, tierra sobre la cual el excéntrico despistado acertaba, era la tierra entrevista por la arcana y poderosa intuición de Platón y Séneca y aun en las escrituras bíblicas, allí abierta sobre el incógnito y tenebroso mar como un milagro en aquel amanecer del 12 de Octubre de 1492, más claro que la luz de todos los astros, era una esmeralda que emergía de la entraña marina, "Toda ella verde que es placer mirarla", como la describió el descubridor. La larga aventura de Colón, toda hazaña preñada de azares, se coronaba de gloria inmortal, el dolor de años sin término se trocaba en dicha sobrehumana y al fin, nadie más cuerdo que aquel marino a quien pudo considerársele loco por su propósito que desbordaba el pensamiento común y adocenado y aquel caminante cuya errátil sombra era más de mendigo que de recio empresario.

Otra vez el espíritu de Dios soplabla sobre las aguas como en la génesis universal. Pero su ímpetu creador no dependía de los cálculos humanos de su ilusión y su deseo, su soplo cubría todo el destino de un mundo nuevo que apenas podría columbrarse. Porque no era sólo un trozo de hermosa tierra lo que se hallaba, allí también estaba el hombre, un hombre desconocido para el antiguo orbe, pero tan real y verdadero como el que allí llegaba de aquellas lejanías. Así lo reconoció Colón al momento de pisar la nueva tierra no obstante estar el aborígen desnudo como acabado de nacer y menestoro en cuanto carecía de los elementos que Occidente ha considerado riqueza. Ese convencimiento predominó en la conciencia cristiana contra el

parecer opuesto de humanistas y letrados. Aquella porción del universo no está, pues, poblada de seres monstruosos, cíclopes, tetraoptos, acéfalos o con cabeza de lobo. Era la misma criatura humana hecha por Dios. Se comprobaba la unidad y redondez de la tierra pero al mismo tiempo la unidad de la especie en aquellas gentes ingenuamente aisladas, pero dignas de amor, como lo insinúa el descubridor en su crónica maravillosa. Hasta allí, entonces, llegaba en el espacio la redención de Cristo. Antes de flotar la cruz en los estandartes de Castilla y de León sobre esas latitudes inéditas, los efluvios de la Sangre de Jesús empapaban el alma del aborígen. En el Gólgota El había muerto por todos los hombres.

Para quienes vemos el paso del hombre en la historia con lumbre sobrenatural, estas verdades explican más que cualesquiera otros fines -fines humanos por empinados que ellos sean- la singular empresa que hace medio milenio los hombres apenas impulsaban, pero la mano de Dios providente conducía.

En pocas páginas de historia se oye más nítido el fragor de la dialéctica de lo que el hombre deseaba y Dios quería, que en las que recogen el surgimiento del Nuevo Mundo, el encuentro y choque de dos culturas. De un lado la humillante servidumbre individual y colectiva impuesta por tradiciones y poderes implacables, los holocaustos humanos en oblación a divinidades fantasmagóricas, crueles y sordas, la destrucción de unos pueblos aborígenes por otros semejantes con su séquito de ruina de culturas más que centenarias, de otro la conquista del europeo con su carga de crueldad, de despojo y rapacidad insaciable; de una parte la lucha por la autonomía y el suelo, de otra, por el oro, las perlas y riquezas, pero en medio, como la luz que rompe en negro nubarrón o el agua pura que fluye impetuosa sobre el lodazal, la verdad evangélica, la cruz irradiante del Salvador, el dinamismo redentor de la Iglesia y sus órdenes religiosas, esto es "la presencia humilde pero penetrante del amor cristiano" al decir justo de Walde Frank, amor que no perseguía poder político o riqueza material, sino salvar el alma de América ennobleciéndola con la doctrina de Jesús, salvar al indígena para la eternidad como hijo de Dios, libertarlo de injusticias reconociéndole y haciendo efectivos sus derechos, y promoverlo en los campos de la cultura universal. De no haber sido por la acción redentora de nuestra santa madre Iglesia en Hispanoamérica, en nuestro continente indio las razas aborígenes hubieran desaparecido totalmente como aconteció en las mismas épocas en territorios

conquistados por naciones diferentes a la española que no tenían en cuenta el valor invaluable del indígena, ni de su libertad y su dignidad.

Octavio Paz, el ilustre librepensador mexicano, afirma que "sin la Iglesia el destino de los indios habría sido muy diverso..." "El bautismo les ofrecía -dice- la posibilidad de formar parte, por virtud de la consagración, de un orden, de una Iglesia. Por la fe católica los indios... encuentran un lugar en el mundo". Fue, pues, al amor cristiano el que estremeció el magnánimo corazón de Isabel la reina ejemplar desde los iniciales días de la conquista para exigir el mejor trato del indígena, el que encendió la ira santa de Antonio de Montesinos el dominico intrépido para enrostrar a los encomenderos su crueldad e iniquidades para con el humillado indígena, el que transformó el alma del negrero de Bartolomé de la Casas en el protector de los indios a cuyo servicio puso su corazón, su talento, su inquebrantable y apostólica voluntad, el que conmovió al real ánimo de Don Fernando, Carlos V, Felipe II, Carlos II para expedir leyes como las de Burgos, las Nuevas, la Recopilación de Indias, e innumerables cédulas pragmáticas y crear instituciones para favorecer al natural americano y estimular el mestizaje, amor cristiano fue el que puso en pie de lucha por la salvación y reconocimiento de los derechos humanos del aborigen a aquella cauda de obispos, capitanes de Cristo, como Matías Paz, Jacobo de Testera, Juan de Torres, Zumárraga, Pedro de Angulo, Domingo Salazar, y entre nosotros Juan del Valle, Juan de los Barrios, Luis Zapata de Cárdenas, Dionisio de Sanctis, Antonio de Hervía, Dimón Ramírez, enfrentados duramente a los poderosos señores que expoliaban al hermano indígena y con ellos la multitud innumerable de religiosos misioneros cuya acción apostólica se prolongó hasta nuestros días como la más efectiva protección y formación de nuestros aborígenes.

Asimismo el amor cristiano inspiró el vigoroso pensamiento de Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Francisco Suárez, Mariana, Carranza, la escuela de Salamanca para afianzar los derechos humanos especialmente en los indígenas mucho antes de Hobbes y Locke y que Francia fraguara su declaración en la hoguera revolucionaria de 1789.

La gigantesca obra evangelizadora del hombre americano es la más grande consecuencia benéfica del descubrimiento, del encuentro de dos mundos. Sobre ella se levanta la cultura, la unidad continental y es su mejor esperanza a pesar de fallas y desvíos por ser obra en que interviene el hombre limitado como está en su grandeza herida siempre de pecado.

Somos pueblos jóvenes que de cierta manera hemos salido de la pubertad. Medio milenio en un momento en la historia leguísima de Europa, por ejemplo, como de la arcana cultura egipcia u oriental. Sin duda, pues, estamos apenas empezando a discurrir sobre el tiempo y a hacer nuestro futuro que será varias veces milenario si el hombre no se destruye a sí mismo o el Creador no dispone otro orden de cosas. Pero si lo mejor y más valioso de nuestro pasado, aún corto, está transido por el amor cristiano, el porvenir lo tendremos que construir con más robusta fe y caridad. Para ello se impone mayor solidaridad entre nuestros pueblos y raza exenta de egoísmos y primacías. El proceso de la especie clama por su unidad y todo lo que ha salvado al hombre es en alguna forma participado por la humanidad entera. No es dable pensar en un futuro esplendoroso y auténticamente humano para América sin la unión fraterna del indio, del negro, del blanco. El mestizaje biológico y cultural se exige como una necesidad y quizás no sea una utopía anhelar una raza cósmica como una integración del hombre americano. Ningún pueblo o raza puede tener privilegios que lo separen de los demás. El enquistamiento, el aislamiento como cuerpo extraño dentro de la nación o el continente crea un racismo de mala ley que impide la participación de todos los bienes de la creación y de la cultura universal y comporta, además, el aniquilamiento o estancamiento de esas entidades humanas que rehuyen el abrazo universal. O son víctimas de manipulación dañinas como la que trata de ejercer ahora una antropología a ultranza que convierte al indio, al negro, en pieza de museo o en muestra de tanto folklorismo degradando así su vocación al progreso, su dignidad y libertad o de vincularlo a fines inconfesables. El cruce de los leños de nuestro signo redentor ha de ser también símbolo de salud de este ensamblaje de las razas y pueblos americanos en la fe y en el amor para su progresiva bienandanza.

Estamos en la casa de Dios donde se unen los tres medios divinos que hicieron la evangelización del continente, como bien lo indica un ilustre historiador: la eucaristía, María santísima y la cruz. La eucaristía señal de amor incomparable, sacramento de unidad, prenda de regeneración, vida del mundo; María, madre de Dios y de los hombres, que desde el primer día del Nuevo Mundo aparece, no como vencedora de la serpiente, que ya lo era, sino como solícita madre que se multiplica amorosa en cada cuadrículo del inmenso continente y en las palpitaciones de cada corazón, y la cruz, signo del amor salvador, que desde el inicio de la creación fijó el Creador en los cielos de América -la cruz del Sur- constelación palpitante que derrama su luz como bendición eterna sobre el continente y nos señala las supremas

alturas a donde se llega con amor cristiano como último fin de hombres, razas y pueblos. Estas fuerzas sobrenaturales sigan amparando a América y prosperándola en la fe, la esperanza y la caridad y arda vivamente en nosotros el agradecimiento indeficiente al Padre universal por la fe que nos regala y el continente que fijó como nuestro destino para construirlo en alegría y fecunda fraternidad.





INSTITUTO TECNOLÓGICO PASTORAL DEL CELAM

1993

CALENDARIO

- | | | |
|----|---|-------------------------------|
| 1. | Curso para formadores de Seminarios | Febrero 10. - Mayo 31 |
| 2. | Curso de actualización teológico pastoral | Abril 19 - Septiembre 3 |
| 3. | Curso de Santo Domingo. Para obispos | Mayo 10. - Mayo 12 |
| 4. | Curso de Santo Domingo.
Para sacerdotes, religiosos y laicos | Mayo 10. - Mayo 20 |
| 5. | Cursos para capellanes castrenses | Junio 10. - Julio 10 |
| 6. | Curso para profesores de seminarios | Septiembre 13 - Septiembre 22 |
| 7. | Cursos para profesores de
seminarios y vicarios de pastoral | Octubre 11 - Octubre 20 |
| 8. | Cursos sobre la relación fe-cultura | Noviembre 15 - Noviembre 24 |
| 9. | Cursos sobre teología en América Latina | |

MAYOR INFORMACION:

Instituto Tecnológico Pastoral del Celam
Transv. 67 No. 173-71
Barrio Villa del Prado
Tels. 671 4004 - 612 1620
Fax: 612 1929
A.A. 253353
Santafé de Bogotá - Colombia